La calle para el viernes 17 de junio de 2011

Diario de un espectador

Cristina Rivera Garza

Miguel ángel granados chapa

Cristina Rivera Garza, a cuya prosa en su novela *Verde Sbanghai* nos asomamos ayer nació, según informa la nota de la solapa de este libro “en la frontera noroeste de México (Matamoros) en 1964 y desde entonces ha repartido sus lugares de residencia entre la República mexicana y los Estados Unidos. Doctora en historia latinoamericana, ha sido profesora de varias universidades de ambos países. Es autora de una obra que pertenece a distintos géneros (novela, cuento, poesía, ensayo) y disciplinas (literatura e historia). Ha obtenido el premio nacional de novela José Rubén Romero 1997, el premio Sor Juana Inés de la Cruz 2001 y 2009, el premio nacional de cuento Juan Vicente Melo 2001 y el premio internacional Anna Seghers 2005”.

Ha publicado una obra copiosa, de la que Tusquets (que edita *Verde Shanghai*) incluye en su catálogo *Nadie me verá llorar* (Andanzas, 2000, y Maxi, 2008); *Ningún reloj cuenta esto* (Andanzas, 2002), *La cresta de Ilión* (Andanzas, 2002), *Lo anterior* (Andanzas, 2004), *La muerte me da* (Andanzas, 2007, y Fábula, 2010), *La frontera más distante* (Andanzas 2008) y *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el manicomio general. México 1919-1930* (Tiempo de memoria, 2010). Actualmente es directora de creación literaria en el departamento de literatura de la Universidad de California en San Diego”.

Ahora presentamos una nueva muestra de su estilo, tomada del capítulo cuatro de la primera parte de su novela nueva, titulado “El nombre propio”:

“Si alguien le hubiera exigido una explicación, no habría sido fácil dar con una respuesta adecuada. Seguramente habría abierto la boca una y otra vez, inútilmente. Si le hubieran preguntado ¿es esto algo importante?, ella habría tenido que bajar el rostro y pronunciar la palabra ‘sí’ como niña regañada. Si alguna amiga o familiar le hubiera pedido detalles del antes y el después, la habría tenido que invitar a sentarse a su lado. ¿Tienes tiempo? Una botella de vino entre las dos. Había una vez. Érase que se era. Al principio de todo estuvo la urgencia. Una sensación orgánica más que mental. Una necesidad de ir al centro del fuego sin importar el tamaño o la gravedad de la quemadura. Esa inquietud silenciosa. Algo secreto,

El instinto de limpiar y hacer aparecer como nuevo el sitio de la agonía, es primitivo.

Cuando vio el rostro de Rodrigo en el umbral de la puerta tuvo la certeza de que debió haber esperado al menos un par de días. El hombre tenía la pierna izquierda enyesada y la cara llena de moretones. Debía

haberlo meditado. Debió, ante todo, haber medido las consecuencias de sus actos.

--¡Qué extraña te ves! --murmuró sin invitarla a pasar, tartamudeando en plena inconsciencia. No se como de reconocí ayer.

Marina se llevó la mano sana al flequillo y luego hacia el cuello de la blusa de manera automática. Parecía una mujer discreta. Pequeña de apariencia, frágil casi. Normal.

--Debió haber sido la sangre --dijo ella, sonriendo sin ganas ante su propia ironía. Y luego, sin pensarlo, se introdujo de nueva cuenta en el mundo de Rodrigo Saba.

Su departamento estaba lleno de líneas verticales: lámparas de piso, libros, discos. Libreros, cortinas. Todo parecía delgado en su interior. El sonido de ballenas cantando en algún mar del norte resonaba en el ambiente, dejando un aura de misterio, un tamiz de frío”.

No el próximo lunes, pero sí en otra oportunidad volveremos sobre esta autora.